

confiaban en su capitán, que con su habilidad triunfaba de los más serios peligros, supliendo así la falta de instrumentos que se han descubierto en los años posteriores. Después de haber observado con el anteojo el horizonte, llamó el capitán á dos viejos expertos en la mar, y después de haber cambiado cortas palabras con ellos, ordenó que se hiciera rápidamente la maniobra de recoger todas las velas, excepto la del palo mesana. En seguida mandó cerrar las escotillas del buque y asegurar los objetos movibles. ¡Era tiempo! Más rápido, que la maniobra de los marinos, el punto negro que había llamado la atención poco antes, avanzaba, crecía y despedía rayos con celeridad prodigiosa. Una ola inmensa arrastró el navío con rapidez vertiginosa, sin que fuese posible detener su marcha ni siquiera dirigirla. En medio del ruido ensordecedor de la tempestad sobrevino un fracaso espantoso, oyéndose la voz del capitán que ordenaba con imperio: «las hachas, y cortad ligero». Acababan de derrumbarse los palos mayor y mesana y atados con cadenas ó vergas amenazaban romper los costados del buque. La lucha fué horrible. En cierto momento la calma más completa siguió á la tormenta. El cielo estaba puro y centelleaban las estrellas: mas por todos lados se divisaba el horizonte negro. El navío había salido, en efecto, del movimiento giratorio que lo había arrastrado, pero había sido impulsado al centro del ciclón; por consiguiente el peligro empezaba de nuevo. ¿Qué hacer en tal peligro? Sin mástiles, sin timón, y el ciclón avanzando siempre ¿qué muerte les esperaba?

Agrupados todos alrededor del capitán, éste les dice con aquella frase breve y concisa que forma la elocuencia de los grandes marinos: *Todo socorro humano nos falta, pero nos queda Dios*, y acordándose de Nuestra Señora de Basse-Terre, cuyos portentos habían oído referir, y

de quien se habían despedido antes de la marcha, caen de rodillas, y piden á Nuestra Señora del Carmen los salve milagrosamente del peligro, prometiéndole ir en romería y descalzos á su santuario llevándole el cirio de la acción de gracias. Estaban todavía en la actitud humilde del que ora, cuando los alcanzó el ciclón. Cada uno corrió á su puesto como si todavía algo se pudiera conseguir. La corriente vertiginosa había vuelto á comenzar y sólo Dios sabe el tiempo que duró.

Cuando acabó era ya de día. El mar quedó todavía algunas horas agitado; pero un rayo de sol vino á regocijar los corazones. Las islas de Nieves y San Bartolomé aparecieron en lontananza en el horizonte, lo que les indicaba que Guadalupe no estaba distante. Cogen un palo para timón, girones de tela se suspenden á guisa de velas, la *Estrella de los Mares* acabará su obra.

He aquí, pues, el misterio porque aquellos hombres salían en peregrinación al Carmelo. Mientras se celebraba la santa misa, más de una lágrima surcaba aquellas mejillas tostadas por los rayos del sol y las rudas labores del mar. Y cuando de sus pechos viriles salieron las graves melodías del *Ave maris Stella*, debieron comprender que la vida es un océano peligroso y la Virgen nuestra Madre la estrella que nos guía y conserva al través de las olas enfurecidas.

VI

SACRILEGIO Y CASTIGO

Para castigar al hombre, dice la Escritura, á menudo Dios le entrega á su propio sentido. Y el comentario bien elocuente de la tal sentencia está escrito con caracteres de sangre en la historia de todos los pueblos.

Bien lo sabe Francia. Un día experimentó dolorosa-

mente esta divina venganza. Era la hora de la revolución que ensangrentó el fin del siglo XVIII. Manchada por las orgías de turbas disolutas, extraviada por los odiosos sofismas y las blasfemias de una filosofía sectaria, la nación francesa parecía agonizar. Se habían marchitado sus antiguas glorias; sus templos venerandos fueron destruidos, sus altares profanados, y se había despedido á Dios de su morada. Más lejos que nunca estaba entonces de ser verdad el adagio que con poca humildad repetían los franceses: «Después del cielo el reino más bello es el de Francia.»

Pero no sólo en el territorio de Francia, sino en sus colonias la anarquía rompió el cetro de la autoridad y autorizó el desorden. Buena prueba es lo que sucedió en Guadalupe.

Merced á la confusión que reinaba en esa época un navío corsario ancló en la rada de Basse-Terre, seguro de que nadie le inquietaría. Ávidos de pillaje los bandidos que lo tripulaban, bajaron á tierra, y recorren la ciudad buscando por todas partes oro y piedras preciosas que saciaran su codicia. Mohinos se pusieron al ver frustradas sus esperanzas, pues no encontraban lo que tanto apetecían; pero Satanás les inspiró el pensamiento de dirigirse al santuario del Carmelo que siempre había sido respetado. Un inmenso clamor, un grito de salvaje algazara se escapó de sus pechos al instante en que con una mirada conocen el tesoro que han hallado. En pocos minutos dejan la iglesia desmantelada. Los vasos sagrados del altar, los ornamentos de la sacristía, las joyas de la Madona, todo es entregado al saqueo. Y de aquel santuario tan ricamente adornado, todo embalsamado con los homenajes de la veneración y de la fe, no quedan más que paredes entristecidas de donde penden girones de cuadros destrozados y ex-votos hechos pedazos. En medio de tantas ruinas aun se veía sonreír la

imagen de María. Parece un reproche que penetra el alma de los sacrilegos destructores. Así lo comprenden éstos y por eso trepan al altar y arrojan desde lo alto del camarín hasta las losas del pavimento, la imagen querida y venerada. El sacrilegio estaba consumado; pero no estaba satisfecho el odio satánico de los malvados. Les quedaba una ignominia más que cometer. La Virgen no había sufrido ningún daño con la caída; el suelo santificado por tantas generaciones, la había recibido con blandura, para que no se rompiese. Mas he aquí que se aproxima un marinero, impulsado sin duda por la esperanza de una ganancia sórdida, sacando de la cintura un cuchillo ya manchado por el crimen y vomitando horribles blasfemias, descarga recio golpe sobre la Madona, y la mutila una mano. El infierno estaba satisfecho. Los bandidos como avergonzados huyeron en silencio del teatro de sus sacrilegas hazañas.

Pero Dios á veces no espera la eternidad para hacer ostentación de su justicia. Media hora hacía que el corsario dejaba el puesto cuando fué encontrado por un buque de guerra y le dió caza. En la pequeña lucha sostenida, un hombre del corsario levantó el brazo para arriar una vela, cuando cierta bala lanzada al parecer al descuido se la cortó completamente. Era el mismo que había mutilado á la Sma. Virgen. Se dice que el capitán reconociendo su crimen volvió al santuario bendito á desagraviar á Nuestra Señora del Carmen.

Al anochecer del día siguiente al sacrilegio, un grupo de fieles hijas de María se dirigió al santuario procurando burlar las pesquisas de los enemigos de la fe, entonces triunfantes y altaneros. Hallan la imagen tendida en el pavimento y la mano separada. Cargando el precioso tesoro se dirigieron silenciosas á una casa de la calle de Lardenoy, y en una modesta celda le erigieron altar, la adornaron con flores y cirios y rindieron

homenajes de amor y respeto. Allí se reunieron todas las noches, teniendo que llegar una tras otra para que nadie sospechara que en aquella casa existía capilla de la Virgen.

VII

EL SOUFFRIERE

Desde la improvisada capilla donde quedó instalada la Virgen del Carmen continuó defendiendo á sus amados hijos de la isla de Guadalupe en la calamitosa época que atravesaban. Como si á la colonia no le hubiera sido bastante sufrir los horrores de la guerra civil y extranjera, como si las escenas de anarquía no hubiesen infundido bastante pena en los corazones, la naturaleza vino á conjurarse contra ellos. He aquí una de las pruebas más conmovedoras.

Hemos dicho en el párrafo primero que el Souffrière arroja humo de día y llamas de noche. Lo mismo sucedía en tiempos antiguos; pero el 28 de Septiembre de 1797 hizo una terrible erupción, cuando la gente estaba más descuidada creyéndolo apagado. Hacia las seis de la tarde, estando el cielo sereno y sin vestigios de que pudiera desatarse la tempestad, se oyó un ruido sordo y fuerte como de trueno. Algunos lo atribuyeron á la caída del rayo en paraje distante, otros á temblor, pues se habían sentido cinco en el curso de aquel año; y nadie se preocupó de tomar medida de seguridad.

Poco después la piadosa falange que frecuentaba en oculto la capilla de la calle Lardenoy, se reunió como de costumbre, rezó sus devociones y se retiró en paz cuidando de cerrar bien la puerta que ponía su tesoro al abrigo de miradas sospechosas.

Á las ocho de la noche se repitió el ruido y despertó

con más viveza la atención de los habitantes. Pero esta vez no fué un hecho aislado, sino que se fué reproduciendo como los tiros de un regimiento de artillería. No era posible dudar de la causa. Todo el mundo comprendió que el Souffrière entraba en actividad y que había llegado la hora de una violenta erupción. A media noche el espanto llegaba á su colmo. En medio de las tinieblas más espesas, se oyó, en efecto, como que se desataba el huracán, cuyas grandes voces tomaban las formas más vivientes del viento que muge y de las olas que se estrellan contra las rocas entreabiertas. Parecía que las montañas chocaban entre sí, ó que se iban á sumir tragándose la isla entera. Dos horas y media duró esta agonía, y la atmósfera quedó impregnada de un penetrante olor á azufre.

Inútil es advertir que mientras duró este peligro se dirigieron ardorosas súplicas á la Virgen del Carmelo. En esas horas de peligro no hay incrédulos. Al clarear el día todos los ojos se dirigieron á la montaña: pero nadie pudo distinguirla, porque estaba envuelta en una nube espesa y cenicienta, que no debía disiparse sino tres días después. Y mientras la multitud comentaba lo sucedido y quedaba horrorizada de la cantidad de cenizas que cubría el suelo, los fieles guardianes de Nuestra Señora del Carmen se apresuraban á reunirse en la capilla de la calle de Lardenoy. Abren la puerta é instintivamente exhalan un grito de sorpresa y caen de rodillas. ¡La Virgen había cambiado de posición! Había girado sobre sí misma. Hasta entonces había mirado hacia el muro, ahora su rostro estaba entre el balcón y la ciudad, como que se interponía entre el azote y su víctima.

¿Era verdaderamente un prodigio?

VIII

LA CALLE DE LA ESPERANZA

El suceso referido en el párrafo anterior llamó viva mente la atención hacia la capilla de la calle de Lardenoy. El número de fieles que la visitaba seguía aumentando día á día; pero por una consecuencia muy natural en esos días de perdición, lo que en unos era piedad, era curiosidad en otros, lo que ensañó las iras de las almas á quienes inspiraba Satanás, el primer revolucionario. Para estos iconoclastas no fué un misterio la presencia de la imagen sagrada en la casa hospitalaria donde se la veneraba en esos días. Había necesidad de ponerla en salvo de sus maquinaciones inicuas, y para ello no debía perderse tiempo. ¡Nuestra Señora del Carmen debía dejar el trono que la erigieran manos piadosas! Estos corazones nobles resolvieron cerrar su capilla, apagar sus cirios, quitar las flores del altar, y ocultar la sagrada efigie en otra casa donde no fuese fácil descubrirla. Ellas hacían el heroico sacrificio de privarse de la vista del rostro amable de su Reina y Madre.

En cierta noche de 1793, favorecida por la obscuridad, colocaron la Madona en una casa humilde de la calle de la Esperanza donde debía permanecer largo tiempo, hasta que mejorase la situación de Guadalupe. Dos recuerdos están vinculados al tiempo que permaneció en esta prisión celular.

Cierta tarde del año 1801 dos ladrones ávidos de pillaje, entran en la casa donde estaba escondida Nuestra Señora. Poco les costó reconocer la estrecha morada é inspeccionar lo que contenía. Vieron arrodillada en actitud de orar á una señora; pero como no tenía alhajas, no la molestaron, pues creyeron que no les dejaría pro-

vecho. Dirigense enseguida á una arca, que abrieron con ansia febril juzgando que allí encontrarían el oro que buscaban; pero retroceden espantados; se habían encontrado con los ojos de la Virgen que los miraba fijamente. Se retiraron presurosos, y habiendo querido uno de ellos volver sobre sus pasos, el otro le detuvo diciéndole con firme acento: «No lo intentes si no quieres que lluevan desgracias sobre tí».

Pocos días después otra desgracia puso en peligro la existencia de la bendita imagen.

Sabido es que la tea incendiaria juega un importante papel en las revoluciones. Basse-Terre despertó una noche por las voces de un pueblo afligido que gritaba: *fuego, fuego*. Las llamas se habían propagado hasta el Carmelo, y á pesar de todos los esfuerzos, llegó á prender la primera casa de la calle de la Esperanza, contigua á la que guardaba á Nuestra Señora. Un ligero tabique de cañas las separaba, de modo que se creía inevitable la destrucción de la Madona. Pero la Providencia hizo que ligera brisa desviara el fuego en otra dirección y así los fieles hijos de Maria entonaron un himno de alegría y acción de gracias.

Bastantes años permaneció la Imagen en el destierro fuera de su santuario. Aunque Francia hizo penitencia de su pecado y en concordato de 1801 se fueron reparando las iglesias y renació el culto, en las colonias se obró con más lentitud. En Marzo de 1811 fué nombrado cura del Carmen el P. Vianney, carmelita descalzo, que había vivido en el santuario antes de la expulsión, y había tenido que peregrinar por la América del Norte.

Quedó traspasado de dolor al ver que sólo quedaban las paredes del templo de su Madre, que el techo estaba desplomado, y en el interior sólo había ruinas. Las aves nocturnas habían fabricado allí sus nidos. Hizo un patético llamamiento á sus feligreses para restaurar el

templo y fué escuchado. El Gobernador inglés de la colonia, Cokrane, impuso tributo á todos los habitantes de la ciudad para favorecer la obra. De este modo logró dársele glorioso remate, y en Septiembre del mismo año la santa Imagen era conducida en solemne procesión, acompañada de inmensa muchedumbre por las calles engalanadas, hasta quedar colocada en su antiguo nicho. Verdaderamente fué aquel un día de regocijo para la isla de Guadalupe.

IX

TRES BENEFICIOS PÚBLICOS

Vuelta á su santuario la augusta Virgen del Carmelo reanudó la cadena de sus tradiciones. Sin brillo ni aparato, pero con plena confianza, sus hijos la saludaban, honraban y le dirigían cada día humildes súplicas.

Ella, siempre buena, calmaba sus alarmas y los protegía. Esta doble corriente del amor maternal y del amor filial había tomado su libre curso, para perpetuarse en la serie de los tiempos como un flujo y reflujo apacible é incesante. Referiremos aquí tres épocas dolorosas por las cuales pasó la isla de Guadalupe en el siglo XIX y que ponen de relieve esta verdad.

Es la primera el huracán de 1825. El 26 de Julio empezó mal desde la aurora. En la atmósfera reinaba agitación particular. En el cielo se amontonaban nubes cenicientas que tomaban las formas más fantásticas y á veces se desgarraban con brusca anomalía. Las aguas del mar parecían hervir. En tierra se sentía como un gemido universal; por momentos se veían crujir los árboles, los animales vagaban inquietos. El barómetro bajaba y bajaba ligero. No había duda alguna, se aproximaba el huracán.

Serían las ocho de la mañana cuando se desencadenó el viento repentinamente. Al estampido de la tempestad se juntó el ruido ensordecedor de la copiosa lluvia, de los techos y de las casas que se derrumbaban. El espanto se apoderó de todas las almas. Los navíos detenidos en la bahía reforzaron sus anclas y muchos de ellos fueron arrojados á la playa. El río se desbordó como un torrente é inundó la ciudad de Basse-Terre. Todo era un caos indecible y los gritos de desesperación aumentaban el horror de la escena. Al medio día el huracán recogió sus furias y entonces se vió que Basse-Terre no era más que un montón de ruinas. Debajo de los escombros se encontraron trescientos ochenta y dos cadáveres. También la iglesia del Carmelo tuvo que sufrir las consecuencias del fenómeno atmosférico, se derrumbó el techo y se rompieron objetos valiosos. Las aguas de la lluvia inundaron todo el recinto. La sagrada imagen rodó desde el trono hasta el pavimento sin sufrir más daño que volverse á separar la mano cortada por el sacrilego.

Al día siguiente de la catástrofe, cerca de los almacenes generales, se organizó una procesión, para visitar á Nuestra Señora, pues á ella se atribuía no haber perecido todos los habitantes. Enternecía hasta hacer derramar lágrimas, ver aquellas largas filas de hombres y mujeres, descalzos, con una cuerda al cuello y el escapulario en la mano que se dirigían á dar gracias á la buena Madona.

Todavía no estaban completamente reparadas las ruinas de 1825 cuando Basse-Terre experimentó otra espantosa catástrofe. El primero de Enero de 1830, mientras las familias estaban distraídas con fiestas y diversiones, se oyeron estas voces siniestras, *fuego, fuego*. Y poco después estas otras más pavorosas todavía: «va á reventar el polvorín».

Efectivamente acababa de declararse un incendio en los alojamientos de los soldados del Fuerte, y favorecido por la brisa se había extendido con gran rapidez. Todo el mundo sabía que se guardaba la pólvora precisamente en el sitio de donde se veían salir los siniestros resplandores. Ya pueden imaginarse las escenas dolorosas de que fué teatro entonces Basse-Terre. Un terror pánico se apoderó de la población. Todas las casas fueron abandonadas. Las calles eran estrechas para contener á hombres que vagaban inquietos, á mujeres pálidas llevando de la mano á sus hijos, y á venerables ancianos; los enfermos eran llevados en hamacas ó casi arrastrados por sus deudos. Y el redoble de los tambores tocando á generala, aumentaba la confusión. El pánico llegó á ser extremo. Las mujeres, los viejos y los niños, corrieron en dirección opuesta á la del fuego, mirando de vez en cuando atrás por si veían saltar el polvorín; los hombres por el contrario se dirigieron al mismo sitio del siniestro á conjurar con sus esfuerzos la catástrofe que amenazaba á la ciudad. Sin duda que son dignos de todo elogio el valor y la resolución que desplegaron en circunstancias tan críticas. El gobernador de la colonia se mostró digno de tal pueblo. Arrostrando todos los peligros se abre paso y va á colocarse de pie sobre el polvorín. Este ejemplo heroico estimula á los demás y entonces con esfuerzos indecibles logran detener al furioso elemento.

Pero no debe atribuirse todo el éxito de esta jornada al trabajo impropio de los hombres. Mientras éstos combaten, las mujeres oran. Un grupo de ellas que no tenían que conducir niños ni ancianos, se dirige en actitud penitente al santuario de María del Carmelo, y esta bondadosa Madre tuvo piedad de sus hijos atribulados.

Todavía tenemos que registrar en esta reseña un dato lúgubre, el temblor del 8 de Febrero de 1843. En ese triste día la tierra se vió agitada bruscamente y parecía

que iba á hundirse bajo los pies de los hombres; de sus entrañas salía un poder destructor. Una conmoción rápida y violenta arruinó la ciudad de Punta Petre, y sumió en el duelo y en las lágrimas á toda la colonia. La Virgen del Carmelo fué también esta vez el recurso y el consuelo de los hijos de Basse-Terre. Á ella volvieron los ojos llorosos, y no fueron vanas sus esperanzas.

X

FUENTE DE GRACIAS

María del Carmelo no ha cesado de derramar copiosísimas gracias sobre sus fieles hijos de Guadalupe y de otras islas del mar de las Antillas, porque nunca faltan romeros que gimen delante de sus aras. La confianza, hija del amor y de la fe, es la que hace eficaces las súplicas.

Un piadoso escritor francés para referir las bondades de Nuestra Señora del Carmen, recuerda aquel pasaje del Evangelio, en que se le presentaron al Divino Maestro unos discípulos del Precursor á preguntarle si era el Mesías. Jesús les respondió: «decid á Juan lo que habéis visto; los ciegos ven, los tullidos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados». Pues prodigios semejantes se han visto realizados en el santuario del Carmelo.

Coeci vident: los ciegos ven. Una señora noble y piadosísima había tenido que cargar las cruces inherentes á la sólida virtud. Un día Dios quiso purificarla con una prueba sino más viva, más sensible que las anteriores, permitiendo que enfermase de la vista. Era como atacar de un solo golpe la actividad, que desplegaba para arreglar todo el ajuar de su casa y la brillante imaginación adquirida en la lectura de excelentes libros.